

MATRAN

Un escáner a la vida

MATRAN

Un escáner a la vida

Obra de pensamiento

Ensayo–manifiesto literario, analítico, crítico, político y filosófico

© 2026

SENDA DURA

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, así como su distribución, comunicación pública o transformación, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito de la autora, salvo en los casos legalmente permitidos.

ISBN: 9789403864846

Diseño de cubierta: **SENDA DURA**

Índice

* * *

MATRAN

Obra de pensamiento

Ensayo–manifiesto literario, analítico, crítico, político y filosófico

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

ACTO I — Genealogía del amor romántico

ACTO II — Sexualidad, deseo y poder simbólico

ACTO III — Dispositivos relacionales contemporáneos

ACTO IV — Economía afectiva y cultura del consumo emocional

ACTO V — Amor y libertad: crítica de una dicotomía funcional

ACTO VI — La no-adaptación

ACTO VII — Desviación de la norma y legitimidad social

ACTO VIII — Feminismo

ACTO IX — Autonomía subjetiva y fin de la validación externa

ACTO X — Genealogía moral occidental

ACTO XI — Amor, contrato y control: El cuerpo administrado

ACTO XII — Soberanía cognitiva

ACTO XIII — La Guerra de la percepción

ACTO XIV — Feminismo incómodo

ACTO XV — Prácticas de Autonomía Femenina en el Presente

ACTO XVI — Epistemología encarnada: Volver al origen, un acto espiritual

ACTO XVII — Violencia Sistemática: Los hombres también sufren

ACTO XVIII — Sin Conciencia no hay República Democrática

ACTO XIX — Ni producto, ni cosa

ACTO XX — DIOS, la idea y el concepto

EPÍLOGO

NOTA DE AUTORA

NOTA LEGAL

NOTA DE ESTRUCTURA

Prólogo

* * *

Romper las reglas para escribir las propias

Escribo para romper.

Las reglas nunca fueron neutrales.

Fueron instrucciones.

Fueron límites disfrazados de sentido común.

Fueron manuales de comportamiento para cuerpos.

Nos enseñaron a existir con condiciones.

Una evolución limitada y marcada por sistemas.

Sé inteligente, pero no desafíes.

Sé libre, pero no incomodes.

Sé como queremos que seas.

Sé deseable, pero no dueña.

Sé fuerte, pero no peligrosa.

De lo contrario, inventaremos la palabra idónea para poner el mundo en tu contra.

Te haremos creer que estas solo aunque estes rodeado por más de 8.000 millones de seres humanos.

Este libro nace de esas condiciones.

Romper las reglas no es rebeldía estética.

Es supervivencia.

Cuando las reglas te reducen, obedecerlas es desaparecer.

Crecimos sin espejos reales.

Nos miramos a través de relatos ajenos.

Religión.

Mercado.

Moral.

Historias escritas por otros

sobre lo que debíamos ser.

Y aun así nos pidieron coherencia.

Y aun así nos pidieron gratitud.

Este libro no busca corregirte.

Busca devolverte la mirada.

Una propia esta vez.

El lenguaje no es inocente.

Nombrar es gobernar.

Y la lengua es tecnología.

Durante siglos, las palabras sirvieron para ordenar el mundo
y dejarnos fuera del centro.

Por eso uso palabras incómodas.

Porque lo cómodo nunca fue neutral.

Porque lo cómodo siempre protegió al poder.

Aquí no hay neutralidad.

La neutralidad es una ficción útil

para quien manda.

Aquí hay posición.

Pensar no es una falta.

Desear no es una traición.

Sentir no es debilidad.

No escribo desde la pureza.

Escribo desde la experiencia.

Desde el error.

Desde la ironía como defensa.

Desde la inteligencia como instinto.

Este no es un libro de soluciones rápidas.

Es un libro de fricciones.

De preguntas que no se dejan domesticar.

No es autoayuda.

No es pedagogía.

No es consuelo.

Es una invitación a desobedecer con conciencia creando pensamiento crítico y criterio propio.

Si anhelo que puedas reflexionar pero no deseo que pienses igual.

Si este texto te tranquiliza, no sirve.

Si te incomoda, funciona.

Romper las reglas para escribir las propias

no es vivir sin límites.

Es elegirlos.

Este libro no promete redención.

Promete lucidez.

Y la lucidez tiene consecuencias.

A veces dolorosas, otras agradables.

Si sigues leyendo, no lo hagas esperando permiso.

Ni respuestas cerradas.

Ni absolucón.

Hazlo sabiendo que, una vez que ves,

ya no puedes fingir ignorancia.

Este libro no va a decirte quién eres.

Eso sería repetir el mismo abuso.

Este libro existe para recordar una sola cosa:

nadie debería decidirlo por ti.

Introducción

* * *

Toda estructura de dominación invisible se sostiene sobre aquello que se nos enseña a habitar sin cuestionar. Nos han educado en la ficción de que los afectos son espacios neutrales, refugios íntimos ajenos a las arquitecturas del poder, cuando en realidad son el campo de batalla más eficaz donde se esculpen la obediencia, el deseo y la subjetividad. *MATRAN* no nace como un tratado complaciente ni como un manual de autoayuda emocional; nace como un ensayo-manifiesto que sacude los cimientos de la gramática sentimental y política de nuestro tiempo.

Este libro parte de una premisa tan urgente como incómoda: la forma en que amamos, deseamos, nos relacionamos y consumimos emociones está profundamente atravesada por dispositivos de control histórico, moral y económico. Desde la genealogía del amor romántico hasta los modernos algoritmos del consumo afectivo, pasando por la mercantilización del cuerpo, la guerra de la percepción y la soberanía cognitiva, este recorrido no busca ofrecer consuelo, sino herramientas de desprogramación.

A lo largo de sus actos, la obra transita por las fisuras de la norma social para interrogar aquello que damos por sentado. Cuestiona la falsa dicotomía entre amor y libertad, desarma los contratos invisibles que administran la corporalidad y aborda sin dogmatismos las violencias sistémicas, la autonomía femenina, la urgencia de una epistemología encarnada y la necesidad de una **conciencia lúcida** como cimiento de cualquier forma genuina de **república democrática**.

MATRAN es, en definitiva, una invitación a la no-adaptación. Es una llamada a desertar de los moldes que nos reducen a producto o a cosa, a transitar la desviación como

territorio de legitimidad y a reclamar el pensamiento y el afecto como espacios de soberanía inquebrantables. Quien se adentre en estas páginas no encontrará respuestas fáciles, sino el espejo afilado de una época que clama por ser desmantelada para poder, al fin, volver al origen.

En el desarrollo de este libro pensé en titularlo así:

Puta, pero inteligente.

La palabra “puta” nos la tiraron como piedra. Un insulto, un arma, una marca para desacreditar. Puta la que desea, puta la que cobra, puta la que no se ajusta a la norma.

Pero mira qué ironía: ese insulto se convirtió en la primera palabra que nos permitió nombrar nuestra autonomía. **Puta porque elijo, puta porque no me escondo, puta porque tengo hambre de vida. Puta porque exijo, puta porque tengo derecho, puta porque vivo y disfruto de mi placer. Puta porque puedo usar mi cuerpo como último recurso político.**

Ahora sumémosle “inteligente”.

La combinación explota el sistema. Puta pero inteligente es la frase que el patriarcado no sabe digerir. Porque en su ecuación, la mujer sexualizada debía ser tonta, ingenua, objeto. No sujeto. No estrategia. No pensadora.

Porque situarla como múltiple y válida no era una opción.

Ese “pero” no es un pero de contradicción: es un pero de desafío. Como si dijéramos: “Soy todo lo que ustedes dijeron que no podía coexistir. Cuerpo y mente, placer y razón, deseo y palabra”.

Crecimos sin espejos. Nuestros referentes eran cantantes, actrices, modelos, mujeres mediáticas reducidas a roles. Nadie nos enseñó cómo ser putas e inteligentes al mismo tiempo, pero de algún modo lo éramos, aún siendo vírgenes. Así que lo inventamos solas, en los márgenes, con ensayo y error. Desde miradas, insultos y actos deshumanizantes y discriminatorios, toda mujer ha sentido algún tipo de violencia o abuso en su vida.

Algunas lo aprendieron a golpes, otras en silencio, otras vendiendo su tiempo, su inteligencia, su creatividad, otras vendiendo su piel, otras usando la voz. Todas construimos a ciegas un mapa nuevo.

Ser puta pero inteligente es aceptar la contradicción como bandera. Es mirar a la cara al sistema que te reduce y decir: “No, no soy menos. Soy más”.

Más compleja, más libre, más peligrosa. Menos tuya y muy mía.

El capital sexual nos lo señalaron como vergüenza. Y sin embargo, ¿no es un capital como cualquier otro? Capital económico, cultural, social... todos se negocian. Pero cuando una mujer reconoce el suyo, de pronto aparece el dedo moral: “Eso no es digno”.

¿Digno para quién? ¿Para el mismo sistema que explota nuestras imágenes, que pone nuestros cuerpos en vallas publicitarias, en videoclips, en escaparates? ¿Para el mismo

mercado que vive del cuerpo femenino pero le niega valor cuando la mujer toma el control?

Este libro empieza desde ahí: desde la incomodidad, desde lo que no encaja.

Porque la inteligencia femenina no es solo cálculo o libros leídos; es olfato de supervivencia, es la astucia de leer una sala, de oler el peligro, de saber a quién conviene acercarse y de quién conviene huir. Eso también es inteligencia, aunque no se enseñe en la escuela.

La puta pero inteligente incomoda. Y eso es bueno. Porque solo incomodando se mueven las líneas de poder.

Aquí no pido disculpas por las etiquetas que otros inventaron para marcarnos y señalarnos. Aquí reconozco nuestro valor.

Finalmente lo titulé MATRAN al encontrar la ruptura epistemológica en el lenguaje. MATRAN no existía y nació del escáner que le hice a la vida. Ojalá sea el eje que nos de estabilidad.

Acto I

Genealogía del amor romántico

El amor sin jaulas

¿Qué es el amor antes de que las instituciones, las normas, los contratos y las expectativas lo definan?

Ningún sistema comienza gobernando un país. Todos comienzan enseñándonos cómo debemos relacionarnos.

Antes de obedecer una ley, aprendemos a obedecer una mirada.

Antes de aceptar una autoridad política, aprendemos qué partes de nosotros merecen existir y cuáles deben reducirse para ser aceptadas.

Por eso el amor no es un tema menor.

Es el primer laboratorio donde una civilización ensaya su manera de organizar la vida.

En cambio.

Nos vendieron el amor como destino.

No como elección.

Nos dijeron que encontrar a alguien que nos quiera

era el mayor logro de una vida.

Que amar es sacrificio.

Entrega.

Permanencia.

Nunca nos preguntaron

si queríamos esas reglas.

Nunca nos permitieron

escribir nuestra propia versión del amor.

A muchas nos dijeron, tarde o temprano,

que debíamos cambiar para ser amadas.

Ser más pequeñas.

Menos intensas.

Menos nosotras.

Demasiado fuerte.

Demasiado independiente.

Difícil de manejar.

Y durante un tiempo, cedimos.

Nos adaptamos.

Nos limamos.

Nos callamos.

No para amar mejor,

sino para no incomodar.

Pero hay una verdad incómoda:

no importa cuánto te reduzcas,

nunca será suficiente

para quien solo sabe amar desde el control.

Quizá el problema no era nuestra intensidad.

Quizá el problema era una idea del amor

que confundió vínculo con posesión,

entrega con obediencia,

compromiso con renuncia.

Durante siglos llamamos amor a estructuras que también organizaron herencias, linajes,
apellidos, patrimonios y formas de poder.

Y cuando una idea permanece demasiado tiempo, termina pareciendo natural.

Este libro es para quienes sintieron

que el amor tradicional les queda pequeño.

Para quienes no encajan
en las expectativas sobre deseo,
relaciones, compromiso o formas de vivir..

Para quienes quieren amar
sin perderse,
sin encadenarse,
sin traicionarse.

Y para quienes sospechan
que la libertad no es lo contrario del amor,
sino una de sus condiciones más profundas.

El primer golpe de realidad

El primer golpe de realidad no llegó con una traición
ni con un abandono.

Llegó con una frase aparentemente inofensiva:

“Si fueras un poco menos intensa, todo sería más fácil.”

Ahí entendí que el amor que me estaban ofreciendo

no era un espacio para ser,

sino un sistema de ajuste.

MATRAN no propone regresar al pasado.

Tampoco idealiza ningún estado natural.

Lo que cuestiona es otra cosa:

cuándo una estructura deja de servir a la vida y comienza a sustituirla.

El desencanto no aparece de golpe.

Se filtra.

Se disfraza de cuidado.

Se presenta como consejo.

Nos enseñaron que amar es adaptarse,

pero pocas veces preguntamos

quién define la forma final de esa adaptación.

Porque adaptarse puede ser una expresión de cuidado mutuo.

Pero también puede convertirse en una renuncia silenciosa.

Y cuando siempre es una de las partes quien se reduce,
quien se explica,
quien se corrige,
quien se hace más pequeña para sostener la relación,
ya no estamos hablando de amor.
Estamos hablando de asimetría.

El desencanto del amor romántico

El amor romántico no falla porque amar sea un error.
Falla porque fue diseñado sobre una asimetría.

Promete entrega,
pero exige renuncia.
Promete fusión,
pero castiga la autonomía.
Promete protección,
pero normaliza la dependencia.

A las mujeres se nos enseñó a amar

como proyecto vital, como destino.

A los hombres, como complemento.

Y cuando una cultura enseña a unas personas que el amor es prioridad

y a otras que es complemento,

el desequilibrio no es individual.

Ese desequilibrio no es casual.

Es estructural.

¿Realmente funciona el modelo tradicional?

Si el modelo funcionara,

no necesitaría tanta insistencia.

No haría falta repetir

que el amor todo lo puede,

que la pareja lo compensa todo,

que la soledad es un fracaso.

Un modelo que necesita culpa,
miedo y promesa para sostenerse
no es un modelo estable:
es un contrato encubierto.

La pregunta no es
si el modelo es bonito,
sino si es **habitable**.

Si permite crecer.

Si permite existir.

Si permite amar sin desaparecer.

Porque un modelo puede ser tradicional.

Puede ser bello.

Puede incluso ser funcional para algunas personas.

Y aun así dejar de responder a las necesidades de otras.

La pregunta no es si el modelo es correcto.

La pregunta es cuánto espacio deja para vivir fuera de él.

Y para muchas mujeres,

ya no lo es.

Entre el amor, el deseo y la inteligencia

Siempre nos pidieron elegir.

Amar, pero no pensar demasiado.

Desear, pero no dominar el juego.

Ser inteligentes, pero no cuestionar la estructura.

Mentira.

El deseo es información.

La inteligencia es cuidado.

El amor sin lucidez es peligroso.

No quiero vínculos

donde tenga que apagar partes de mí

para ser querida.

No quiero relaciones

donde pensar sea visto como amenaza.

La inteligencia no destruye el amor.

Destruye las ilusiones que lo rodean.

Y eso no es una pérdida.

Es una forma de libertad.

El sarcasmo como filtro de selección

El sarcasmo no es cinismo.

Es defensa cognitiva.

Una forma rápida de detectar

quién entiende el mundo

y quién solo quiere domesticarlo.

Cuando una mujer usa el humor como filtro,

el sistema lo llama amargura.

Pero lo que está haciendo

es ahorrar tiempo.

El humor revela cosas que los discursos esconden.

Muestra quién tolera la complejidad.

Quién soporta la ambigüedad.

Quién puede reírse de sí mismo.

Y quién necesita que todo permanezca inmóvil para sentirse seguro.

Quien necesita obediencia suele sentirse amenazado por la ironía.

Porque la ironía rompe hechizos.

Desarma relatos.

Expone contradicciones.

No todo el mundo merece acceso

a tu ternura.

La selección también es una forma de autocuidado.

Cómo detectar a quien no está a la altura

Detectarlo no siempre es complicado.

La clave está en escucharte.

No en justificar.

No en racionalizar.

No en negociar constantemente con tu intuición.

Si me desestabiliza, no es para mí.

Si no hay comunicación fluida, tampoco.

Si no me siento escuchada,

valorada,

comprendida,

no hay nada que construir ni sostener.

Eso se nota desde el principio.

Desde la primera conversación.

Desde el primer intento

de hacerme encajar

en una versión más cómoda de mí.

No soy una romántica convencional.

Pero tampoco soy cínica.

No renuncié al amor.

Renuncié a las versiones mediocres de él.

No me interesa un vínculo por inercia

ni una relación sostenida por costumbre.

Me interesa lo que me reta.

Lo que me obliga a pensar.

Lo que no me pide que me reduzca.

Si eso es difícil de encontrar,

no es un problema para mí.

Es el de un sistema

que sigue llamando amor

a cualquier cosa

que garantice obediencia.

La administración de la continuidad y la fractura simbiótica

MATRAN observa una posible herida en la civilización. La exclusión masculina de la experiencia directa de crear vida.

El hombre participa en la reproducción.

La mujer habita en su cuerpo la creación.

Su cuerpo se transforma.

Sangra.

Gesta.

Nutre.

Produce alimento.

Acompaña la multiplicación celular desde dentro.

La creación no aparece como una idea.

Aparece como una experiencia física.

El hombre participa en ese proceso.

Pero no lo vive en su propio cuerpo.

No siente cómo otra vida se forma bajo su piel.

No experimenta la gestación.

No alimenta con su propia sangre.

No produce leche.

No atraviesa la transformación biológica completa que implica albergar otra existencia.

MATRAN se pregunta si una parte de la historia humana puede leerse también desde esa distancia.

No como una culpa.

No como una condena.

Sino como una herida.

La herida de quien contempla el misterio de la creación sin poder experimentarlo de la misma manera.

Quizá por eso tantas formas de creatividad humana terminaron desplazándose hacia el exterior.

Ciudades.

Imperios.

Religiones.

Estados.

Tecnologías.

Patrimonios.

Sistemas de organización.

Legados.

Formas de permanencia.

Como si la civilización entera hubiera intentado responder a una pregunta silenciosa:

¿Cómo dejar huella cuando no se puede gestar?

¿Cómo participar en la continuidad cuando no se puede albergar la vida?

MATRAN no afirma que toda creación masculina nazca de esta herida.

Pero sí observa que muchas estructuras patriarcales desarrollaron una preocupación constante por controlar aquello que permitía la continuidad biológica:

la filiación,

la herencia,

la sexualidad femenina,

el matrimonio,

la legitimidad de los hijos,

la transmisión del apellido,

el patrimonio.

Quizá la obsesión histórica por la propiedad no surgió únicamente del deseo de acumular.

Quizá también surgió del deseo de asegurar continuidad.

De garantizar permanencia.

De vencer una sensación profunda de separación respecto al origen de la vida.

Y cuando la continuidad se organiza mediante el control, el cuidado se transforma en vigilancia.

La protección se transforma en dominio.

Y el amor corre el riesgo de confundirse con posesión.

Es curioso, porque la mujer contemporánea sigue queriendo ser madre sin la involucración de la figura masculina, a veces soltera eligiendo la fecundación in vitro o por consecuencia de un padre ausente.

El empeño en asegurar la continuidad, puede ser visto como la excusa para tratar a la mujer como un humano de segunda, vista como un territorio mas a conquistar, como una propiedad y no como sujeto.

Hombre y mujeres, diferentes pero iguales, siguen luchando por conseguir derechos. Corrientes nuevas de feminismo, aseguran que las mujeres necesitan nuevos derechos, pues el sistema patriarcal esta construido ignorando las necesidades de su biología.

El hombre inventó el contrato.

La ley del intercambio.

La ficción de la propiedad.

Al no poder parir la materia, decidió cercarla.

Privatizó el suelo. Reguló el bosque, el campo, el agua, la comida, la energía, la medicina.

Prohibió el acceso libre a la subsistencia. Obligó al ser humano a entregar su tiempo y su energía a cambio de un papel que asegurara su derecho a comer.

Sustituyó la Ley Natural de la tierra por la ley abstracta del mercado, La ley marítima (ley positiva). Una ley flotante. Sin raíces. Diseñada por mercaderes en puertos y sucumbido por banqueros y dinastías que necesitaban controlar los vasos comunicantes de la existencia: la medicina, la educación, los medios de comunicación, la economía, la tecnología y la energía.

La misma maquinaria que hoy financia las agendas que diluyen tu nombre agregándole prefijos o sufijos. El mismo espionaje de género que intenta deconstruir tu realidad biológica para que dejes de ser el recipiente sagrado y pases a ser un recipiente sin voz.

Pero ninguna separación ocurre sola.

La fractura entre el ser humano y el origen fue acompañada por otra ruptura.

La fractura entre el ser humano y la naturaleza.

Durante miles de años, la vida humana estuvo integrada en ciclos que no había creado.

La tierra.

Las estaciones.

La fertilidad.

La muerte.

El nacimiento.

La abundancia.

La escasez.

Todo formaba parte de un equilibrio simbiótico.

No existía una separación clara entre el ser humano y el resto de la vida.

Se pertenecían mutuamente.

Pero cuando la naturaleza y el ser humano dejó de percibirse como un tejido vivo e interconectado (Dios) y comenzó a verse como un recurso al que explotar , la relación cambió.

Premiando la hiperindividualidad, la cooperación fue sustituida por la extracción.

La pertenencia por la propiedad.

El cuidado por la explotación.

La simbiosis por el control.

MATRAN observa que la misma lógica que convirtió a la mujer en territorio terminó convirtiendo la tierra en un territorio inhabitable.

La misma mirada que intentó administrar la capacidad creadora de la mujer intentó administrar también los ciclos naturales.

Y quizá ambas cosas formen parte de una misma herida.

La incapacidad de reconocerse como parte de aquello que sostiene la vida.

Porque cuando dejamos de sentirnos parte de la naturaleza, dejamos también de sentirnos responsables de ella.

Y cuando dejamos de sentirnos parte del origen, comenzamos a intentar sustituirlo.

Toda dominación comienza cuando dejamos de percibir aquello que nos sostiene como parte de nosotros mismos.

Administrar no significa necesariamente dominar.

Administrar es intervenir entre la vida y su propio movimiento.

Toda administración nace para facilitar.

El problema comienza cuando aquello que debía servir a la vida exige que la vida se adapte a ello.

La distorsión y el vacío que genera

MATRAN observa que la historia humana puede leerse como la historia de una separación progresiva respecto al origen.

Una distorsión tras otra.

Una pérdida de alineación con aquello que sostiene la vida.

No afirmo que la historia pueda reducirse a una única causa.

Propongo una pregunta.

¿Qué ocurre cuando una parte de la humanidad vive la continuidad de la vida desde el cuerpo y otra debe imaginarla desde fuera?

¿Qué formas culturales pueden nacer de esa diferencia de experiencia?

No presento una verdad definitiva.

Presento una hipótesis que merece ser observada.

Cuando el ser humano dejó de percibirse como parte de un tejido vivo, apareció una sensación nueva.

El vacío.

Un vacío difícil de nombrar.

Porque no era hambre.

No era frío.

No era falta de recursos.

Era una sensación de desconexión.

De exilio.

De separación respecto a la totalidad.

Y el ser humano intentó llenarlo.

Lo llenó con imperios.

Con religiones.

Con dinero.

Con conquista.

Con acumulación.

Con ideologías.

Con tecnologías.

Con promesas de salvación.

Con promesas de progreso.

Con promesas de inmortalidad.

Pero ningún sistema puede llenar un vacío producido por la pérdida del origen.

Porque el vacío no era material.

Era existencial.

La distorsión se propagó lentamente a través de la historia.

Distorsionó la relación con la tierra.

La naturaleza dejó de ser un hogar para convertirse en un recurso.

Distorsionó la relación con la mujer.

La creadora de vida pasó a ser administrada, regulada y poseída.

Distorsionó la relación con el conocimiento.

La sabiduría fue sustituida por información.

Distorsionó la relación con la comunidad.

La pertenencia fue sustituida por la competencia.

Distorsionó la relación con el cuerpo.

La experiencia fue sustituida por la representación.

Y finalmente distorsionó la relación con uno mismo.

El individuo dejó de preguntarse quién era y comenzó a preguntarse cuánto valía.

La hiperindividualidad nació de esa fractura.

La ilusión de que el ser humano es una entidad separada.

Autosuficiente.

Aislada.

Desconectada del resto del tejido.

Pero nadie existe fuera del tejido de un ecosistema.

Nadie se alimenta solo.

Nadie nace solo.

Nadie sobrevive solo.

La hiperindividualidad prometió libertad.

Y produjo soledad.

Prometió autonomía.

Y produjo aislamiento.

Prometió realización.

Y produjo ansiedad.

El mundo contemporáneo es la expresión más sofisticada de esta distorsión.

Nunca hemos estado tan conectados digitalmente.

Y tan desconectados humanamente.

Nunca hemos tenido tanto acceso a información.

Y tan poca claridad.

Nunca hemos acumulado tantos bienes.

Y tan poco sentido.

El vacío sigue ahí.

Por eso el sistema necesita producir estímulos constantes.

Consumo constante.

Entretenimiento constante.

Distracción constante.

Porque el silencio podría obligarnos a mirar la herida.

Y una civilización que no mira sus heridas termina organizándose alrededor de ellas.

MATRAN no observa únicamente una crisis económica.

Ni una crisis política.

Ni una crisis cultural.

Observa una crisis de relación con el origen.

Y mientras esa crisis permanezca inconsciente, las soluciones seguirán reproduciendo la misma lógica que generó el problema.

Más control.

Más administración.

Más separación.

Más artificialidad.

Más dependencia.

Más vacío.

Si la humanidad continúa avanzando sin reconocer esta distorsión, el futuro será la culminación de la separación.

Una existencia cada vez más mediada.

Más virtual.

Más administrada.

Más vigilada.

Más alejada de los ciclos que sostienen la vida.

Un mundo donde el ser humano intentará sustituir definitivamente la naturaleza en lugar de comprenderla.

Sustituir el cuerpo en lugar de escucharlo.

Sustituir la comunidad en lugar de reconstruirla.

Sustituir el origen en lugar de recordarlo.

Pero todavía existe otra posibilidad.

La conciencia.

La capacidad de observar la distorsión.

Nombrarla.

Comprenderla.

Y elegir.

Porque aquello que puede ser observado deja de gobernarnos desde la sombra.

Y quizá el verdadero desafío de nuestra época no sea conquistar nuevos territorios o buscar vida extraterrestre.

Tal vez sea el de educarnos y corregirnos cuando fallamos y recordar que nunca estuvimos separados del tejido que nos dio origen.

Privilegios que no deberían ser derechos

Sería un error confundir conciencia con superioridad.

No todo el mundo dispone de las mismas condiciones para cuestionar la realidad que habita.

Hay mujeres que nunca aprendieron a leer.

Niñas que jamás entrarán en una escuela.

Niños obligados a trabajar antes de comprender el mundo que los rodea.

Hombres atrapados en sistemas donde pensar diferente puede costarles la libertad, la familia o la vida.

Existen territorios donde la pobreza consume toda la energía disponible.

Religiones que castigan la duda.

Estados que castigan la disidencia.

Comunidades donde sobrevivir deja poco espacio para filosofar.

MATRAN no ignora esa realidad.

La recuerda.

Porque la conciencia también implica reconocer las condiciones materiales que permiten desarrollarla.

Quienes hemos tenido acceso al conocimiento, al tiempo para pensar y a la posibilidad de formular preguntas incómodas adquirimos una responsabilidad.

No hablar únicamente por nosotros.

Recordar a quienes fueron silenciados.

A quienes nunca fueron escuchados.

A quienes ni siquiera tuvieron la oportunidad de formular las preguntas que nosotros hoy podemos plantear.

La conciencia que no recuerda a los ausentes corre el riesgo de convertirse en otra forma de privilegio.

Y el conocimiento que no se pone al servicio de la vida termina convirtiéndose en una nueva forma de poder.

Quizá por eso pensar no sea únicamente un acto de libertad.

Quizá también sea un acto de responsabilidad.

No convirtamos en privilegios, lo que deberían ser derechos.

Y quizá una de las responsabilidades más profundas de una civilización consciente sea impedir que la ignorancia se convierta en norma.

Que ninguna ley impida el acceso al conocimiento.

Que ninguna religión castigue la pregunta.

Que ningún dogma sustituya la experiencia.

Que ninguna ideología se sitúe por encima de la vida.

Porque cuando el pensamiento se prohíbe, la obediencia ocupa su lugar.

Y cuando la obediencia sustituye a la conciencia, la libertad se convierte en una ilusión.

MATRAN no propone una guerra contra las religiones, las leyes o las tradiciones.

Propone una pregunta más antigua:

¿Están al servicio de la vida o de su administración?

¿Protegen la dignidad humana o protegen estructuras de poder?

¿Favorecen la comprensión o perpetúan la dependencia?

Toda ley, religión o sistema que necesite mantener a las personas en la ignorancia para sobrevivir ya ha olvidado su propósito.

Y toda civilización que prioriza la propiedad por encima de la vida termina sacrificando aquello mismo que pretendía proteger.

Porque ninguna tierra vale más que quienes la habitan.

Ningún patrimonio vale más que una conciencia libre.

Ningún sistema vale más que la vida que le da sentido.

El conocimiento no debería ser un privilegio.

La conciencia no debería ser un lujo.

Y la verdad no debería pertenecer a ninguna institución.

Así que para no caer en el nihilismo he creado MATRAN.

No para ser conquistado de nuevo.

No para convertirse en otra estructura de poder.

No para ser financiado, comprado, administrado o absorbido por aquello mismo que pretende observar.

Durante siglos hemos discutido sobre ideologías.

Hemos cambiado leyes.

Hemos sustituido gobiernos.

Hemos reformado instituciones.

Sin embargo, seguimos mirando el mundo con categorías heredadas.

Quizá el problema no sea únicamente lo que pensamos.

Quizá sea desde dónde pensamos.

Cuando comprendí eso, necesité una herramienta distinta.

A esa herramienta la llamé MATRAN.

MATRAN nace como una respuesta.

Una tentativa de reparación.

Un intento de comprender la herida sin convertirla en destino.

Porque si todo es control,

si todo es propiedad,

si todo es distorsión,

entonces la conclusión inevitable sería el vacío.

Y yo me niego a aceptar esa conclusión.

Me niego a creer que la vida carece de sentido.

Me niego a creer que el amor es una ilusión.

Me niego a creer que la conciencia es un accidente sin propósito.

MATRAN existe porque sigo creyendo que merece la pena vivir.

Y porque sigo creyendo que merece la pena crear vida.

Aun sabiendo que esa vida heredará una sociedad imperfecta.

Aun sabiendo que heredará conflictos, contradicciones y estructuras que no eligió.

Porque cada generación recibe un mundo inacabado.

Y la responsabilidad no consiste en abandonarlo.

Consiste en mejorarlo.

En dejar menos ignorancia de la que encontramos.

Menos miedo.

Menos violencia.

Menos separación.

Quizá no podamos reparar toda la civilización.

Quizá no podamos corregir siglos de distorsión.

Pero sí podemos negarnos a seguir ampliándola.

Podemos recordar.

Podemos pensar.

Podemos cuidar.

Podemos construir.

Y mientras exista esa posibilidad, el vacío no tiene la última palabra.

Porque la vida sigue siendo más antigua que cualquier sistema que haya intentado administrarla.

Y el origen sigue existiendo, incluso cuando lo olvidamos.

Crecimos sin espejos reales

El insulto “puta” no es casual.

Se ha utilizado históricamente para descalificar a la mujer que ejerce libertad sobre su cuerpo, su deseo y su economía.

Es una palabra que carga con siglos de moral religiosa y de control social.

Pero cuando se observa con atención, se descubre que detrás de ese insulto hay miedo: miedo a la mujer que no se somete.

La religión construyó espejos para disciplinar a las mujeres.

A través de ellos, dictó qué era virtud y qué era pecado, quién era digna y quién era indigna, qué cuerpos podían ser admirados y cuáles debían ocultarse.

En esos espejos, la mujer era siempre objeto:

o virgen intocable, o puta condenada.

Nunca sujeto pleno, nunca voz propia.

En todas las religiones hay signos de sumisión femenina.

La economía, por su parte, aprendió a explotar esos mismos espejos.

La estética, la moda, el arte, la industria del deseo: todo se construyó sobre la imagen femenina como mercancía. Así, lo que en la religión era pecado, en el mercado se volvió negocio.

El punto clave está aquí:

la mujer que comprende esta dinámica deja de ser prisionera de los espejos. Y ojalá, de todo lo que la encarcele por ser mujer a una vida de violencia y maltrato.

La “puta pero inteligente” sabe que su valor no lo define ni la moral religiosa ni la economía del deseo.

Ella reconoce el juego y lo usa a su favor,

sin dejar de lado la conciencia de que lo esencial no está en la imagen, sino en la inteligencia que la sostiene.

Este ensayo no busca glorificar la prostitución ni condenarla, sino exponer cómo el lenguaje, la religión y la economía han intentado fijar a la mujer en un reflejo reducido.

El desafío es romper esos espejos,

reconocer el insulto, devolverlo transformado,

y afirmar que ser “puta pero inteligente” significa no dejar que la mirada ajena decida lo que somos.

La categoría de “puta” siempre estuvo ligada al poder de la mirada.

No era tanto lo que una mujer hacía, sino lo que los demás decidían ver en ella.

Una falda corta, una decisión sexual libre, una forma de hablar fuera de lugar: bastaba para colocar el sello.

El insulto nunca nombraba un hecho, sino una intención de disciplinar.

Las religiones institucionalizadas fueron maestras en este mecanismo.

Construyeron dicotomías simples: virgen o puta, santa o bruja, obediente o condenada.

El espejo era binario, excluyente, incapaz de mostrar la complejidad real de la mujer.

Ese espejo se mantuvo durante siglos, grabado en sermones, en imágenes, en leyes y costumbres.

Con la modernidad, el mercado tomó el relevo.

Lo que antes era “pecado” se convirtió en producto.

La sensualidad femenina pasó de ser condenada a ser utilizada como publicidad.

Un motor económico que sostiene industrias enteras: moda, cosmética, música, pornografía, redes sociales.

Lo que la religión intentó reprimir, el mercado lo explotó.

Y aquí surge la figura que incomoda: la mujer que entiende esto.

La que se apropia del término “puta” pero no desde la culpa, sino desde la lucidez.

La puta inteligente no niega el deseo ni el negocio, pero tampoco se pierde en ellos.

Sabe que el cuerpo puede ser herramienta de poder, que la estética puede abrir puertas, que el mercado paga por lo que la religión intentó ocultar.

Pero, sobre todo, sabe que el valor real está en su mente y en su conciencia.

En la era digital, esta tensión se multiplica.

Las redes sociales, OnlyFans, la música urbana, los algoritmos:

todos funcionan como espejos nuevos que reproducen la vieja dinámica.

La mujer sigue siendo mirada, juzgada, reproducida.

Pero ahora tiene, al menos, la posibilidad de controlar parte del reflejo, de negociar con él, de monetizarlo, de hackear el sistema.

Ser puta pero inteligente hoy significa reconocer que la guerra es de percepción.

Que lo que importa no es el espejo en sí, sino cómo lo usamos.

Que el insulto pierde fuerza cuando se entiende su función política: callar, controlar, desviar.

Y que responder con inteligencia es no negar la palabra, sino resignificarla, convertirla en un arma de pensamiento y de libertad.

Nuestras madres, abuelas y tías habían sido invisibilizadas. Su fortaleza estaba ahí, pero silenciada por la historia y el cansancio. Lo poco que veíamos fuera de casa eran modelos distorsionados: cantantes moldeadas por la industria, actrices en papeles de sacrificio o sumisión, modelos convertidas en cuerpos publicitarios, o humilladas cuando trataban de ser y participar.

Ese vacío no fue casualidad. Una mujer sin referentes crece midiendo su valor con varas ajenas. Se siente sola, insegura, siempre comparándose con ideales imposibles. Una mujer sin espejos se cree más débil de lo que realmente es, y pide perdón por existir.

La ausencia de espejos fue un diseño. Sirvió para mantenernos en la duda, para que nunca pudiéramos ver nuestra verdadera fuerza reflejada. Nos educaron para mirarnos a través de lentes ajenos: la aprobación del hombre, la moral de la sociedad, la mirada del mercado.

Pero respondimos creando nuestros propios espejos. Alzando la voz en canciones, escribiendo nuestros libros, grabando vídeos, mostrando nuestra piel y nuestra palabra sin pedir permiso. Internet, con todas sus trampas, también abrió un cuarto de espejos nuevos donde empezamos a reconocernos unas a otras.